

A firefighter in full protective gear, including a helmet and mask, stands in front of a large, intense fire. The scene is illuminated by the bright orange and yellow flames, creating a dramatic and high-contrast environment. The firefighter's gear is dark, and the fire is the primary light source, casting long shadows and highlighting the texture of the flames and the firefighter's equipment.

C. MARTIN

**RELATOS
ASOMBROSOS
"SIMULACRO
DE
INCENDIO"**

SIMULACRO DE INCENDIO

El autocar estaba a punto de llegar. Mike y Jerry, los encargados de dirigir el simulacro, los esperaban a unos metros de la casa prefabricada situada en una árida y descampada zona a las afueras de Aspermont, en el estado de Texas. Ultimaban los últimos detalles antes de que llegara la visita. Comprobaban los trajes ignífugos, botas, guantes, extintores y mangueras con las que los empleados de *Wood Texas & Co* iban a realizar una prueba casi real. Tendrían que adentrarse en el recinto para tratar de sofocar algunas zonas en llamas y, sobre todo, para salvar las vidas de tres maniqués que harían las veces de personas en caso de que se tratase de un auténtico incendio.

Aún había tiempo, y Mike entró en la casa para comprobar que los focos de incendio instalados para la prueba no iban a fallar en el momento de empezar la acción. Uno a uno fue comprobando el cableado para certificar que estaba en perfectas condiciones. Tras examinar el último de ellos, se dio por satisfecho. A continuación, comprobó que todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas. La idea era hacerles ver a los empleados cómo hay que actuar cuando el oxígeno entra en una estancia en llamas para evitar una deflagración directa. Después escrutó que los pasillos y la escalera de subida estuvieran despejados de obstáculos. Por último, se cercioró de que los maniqués estaban situados en lugares estratégicos. Su ubicación tenía que ser de difícil acceso en un primer momento, porque la prueba básicamente consistía en apagar los fuegos necesarios y salvar las vidas de las personas que pudiera haber en el interior.

—¡Jerry! —gritó Mike desde el balcón de la primera planta.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde está Cynthia? Creí que estaba aquí arriba.

—La he dejado en el sótano, como la última vez.

—¿No quedamos en que no era lo más recomendable? Acuérdate que la última vez uno de los pardillos estuvo a punto de asfixiarse por meterse ahí sin avisar. Sácala y la llevas a la habitación. Ponla debajo de la cama, no quiero problemas —ordenó Mike.

Jerry aceptó y entró en el sótano de la casa. Bajó por la escalera y tiró de la pierna de Cynthia, el maniquí femenino que debían de salvar los empleados de la empresa. Lo arrastró por el suelo y dejó golpear su cabeza mientras subía los escalones hasta la planta baja. Después cargó con ella al hombro y por fin subió a la habitación donde seguía Mike revisando todo.

Todavía quedaban diez minutos para que el autocar llegara al destino, y por la experiencia de otros días sabían que se retrasaría. Así pues, Mike y Jerry decidieron acercarse hasta el camión de bomberos y sacaron una nevera portátil plagada de hielo y unas refrescantes cervezas.

—Tómatela rápido —dijo Mike—. No quiero que nos vean y piensen que dos borrachos los van a meter en una casa en llamas. Después habrá tiempo de saborearlas en condiciones.

—Estoy un poco harto de esto —apuntó Jerry ladeando la cabeza hacia la casa, refiriéndose sin duda a la tarea de guiar a inexpertos empleados de una empresa dentro de las instalaciones—. Siempre es lo mismo, siempre repitiendo las mismas instrucciones, un día tras otro.

—Es lo que hay. Tampoco es que en el parque hagamos mucho. Yo prefiero estar aquí a pasar horas y horas tumbado en la cama, mirando el móvil, vagando de un sitio a otro.

—A mí me gusta la acción real, el auténtico incendio. Sentirse útil. Esto no vale para nada. A ver si te crees que esta gente cuando haya un incendio de verdad va a tener el valor de ponerse un traje y apagar fuegos para salvar vidas humanas. Lo más probable es que salgan corriendo asustados, cacareando como gallinas.

—Me parece que ya vienen... —dijo Mike mirando hacia la carretera de acceso—. Guarda la nevera y esconde esas botellas. Venga, empieza la acción.

No tardó en llegar el autocar y levantar una polvareda mientras frenaba las ruedas del vehículo. El primero en bajar fue un hombre grueso, de unos cincuenta años, trajeado. Mike supuso que esa era la persona encargada del grupo de empleados. El resto fueron bajando uno a uno por la puerta delantera. Se los veía asustados, miraban hacia la construcción nerviosos, tal vez pensando en el lío en el que se iban a meter.

Terminaron por fin de bajar los doce empleados y el autocar se alejó de inmediato.

—¡Bienvenidos a Fireland! —dijo con entusiasmo—. Soy Mike, el instructor encargado de este simulacro. Aquí, detrás de mí, está mi compañero Jerry. Vamos a pasar un día divertido y vamos a aprender muchas cosas que seguro les serán de utilidad en el futuro.

—Encantado —dijo la persona al cargo de los empleados—. Yo soy Patrick.

—Un placer. ¿Va a entrar usted también?

—¡No, no, desde luego que no! —Patrick enarcó las cejas e incluso negaba con sus manos.

—Lo imaginaba. De todas maneras está todo controlado. No hay peligro... siempre y cuando sigan nuestras instrucciones.

Patrick asintió, al igual que el resto de empleados. Mike se puso a señalar uno a uno a todos los recién llegados, contando entre dientes el total de personas que estaban dispuestos a entrar en el recinto.

—Vaya... —se lamentó Mike.

—¿Ocurre algo?

—Son trece... mala suerte. La última vez que vinieron trece empleados... bueno, será mejor que me calle.

—¡Qué!, ¡por favor, dígame qué paso!

—¡Ja, ja, ja! ¡Nada, no pasó nada! Solo era para meterles un poco de miedo. Insisto, no teman, está todo controlado.

Después de la broma, muchos de los empleados se empezaron a reír. Sin duda, era una estrategia para destensar los nervios.

—Bien. Usted puede quedarse cerca del camión de bomberos —le dijo al encargado—. Aquí da mucho el sol, la sombra del vehículo lo

protegerá. Puede entrar en la cabina si empieza a tener calor. Dentro tenemos instalado un ventilador que lo refrescará. Y ustedes —dijo ahora refiriéndose al resto de participantes en la prueba— pueden ir hacia esa caseta de ahí. Dentro tenemos los trajes ignífugos para poder entrar en este pequeño infierno que vamos a crear. Y, sobre todo, relájense: no va a pasar nada.

Ya estaban todos los empleados equipados con los trajes y los cascos, con la visera transparente bajada para evitar quemarse la cara. Formaban en línea frente a la casa, como si se tratara de un equipo de fútbol escuchando el himno nacional de su país. Mike revisó uno por uno a todos los hombres para detectar si a alguno de ellos le faltaba alguna prenda o no había sabido ponerse bien el traje de protección. No observó nada raro, así que se puso casi a la entrada de la casa y empezó a dar instrucciones.

—Bien, chicos. Este es el plan. Seis hombres entrarán conmigo, el resto se quedarán fuera. Los que entren tendrán que seguir mis instrucciones sin protestar: lo que yo diga es lo que se hace. Jerry coordinará al resto. Su labor va a ser estar pendientes de las ventanas, para rociarlas con la manguera cuando salga el fuego. Es importante extinguirlo rápido. En un incendio real proteger del fuego la planta baja es vital, pues si empieza a ser incontrolable podría dañar la estructura de la casa y la planta de arriba se hundiría. Esta casa está preparada para que no ocurra, pero en una casa real podría llegar a suceder. También tendrán que estar pendientes de tener a mano las escaleras por si es necesaria la evacuación por los balcones, tanto de los bomberos como de los posibles heridos que se localicen.

—¿No vamos a entrar todos? —preguntó uno de los empleados.

—¡Por supuesto que sí! Vamos a hacer dos simulacros. Después del primero haremos un descanso de una hora y en el segundo intercambiaremos posiciones. Todos debéis aprender lo mismo, así que no os preocupéis, todos vais a tener fiesta.

—Una vez más —dijo ahora Jerry, tras la charla explicativa de Mike— os recuerdo que seguir nuestras instrucciones es vital para todos. No intentéis intervenir por vuestra cuenta porque no sabéis las

consecuencias de lo que podría llegar a pasar. Antes de actuar primero hay que preguntar.

—Bien —prosiguió Mike—. En dos minutos comenzarán a detonarse los focos que provocarán el incendio. Los primeros en entrar vais a ser los seis que tengo a mi izquierda, el resto obedeced a lo que os diga Jerry. Hay tres personas ahí dentro que tenemos que intentar salvar del incendio. Salvar a las personas atrapadas es vital cuando se trata de apagar cualquier fuego. Solo dos vais a llevar extintores de mano, decididlo entre vosotros.

—¿Y no sería mejor que todos entráramos con uno? —volvió a preguntar otro de los empleados.

—Los que llevan extintor deben cargar con él durante toda la acción, y una de sus manos va a estar siempre ocupada. Alguien tiene que ir por delante que tenga las manos libres, y si es necesario forzar una puerta poder empuñar el hacha y tirarla abajo. Si veis un fuego buscad al que lleva extintor e indicarle dónde está.

De pronto, se oye una detonación dentro de la casa. El desconcierto de los empleados se hace notorio y se miran asustados unos a otros, pero todo estaba preparado: hay un altavoz a la entrada de la casa, y el ruido de la detonación ha salido de ahí.

—¡Vamos, vamos, adentro! —gritó Mike a los seis hombres destinados a entrar primero.

Los seis empezaron a correr hacia la puerta de la casa, donde ya estaba Jerry gesticulando con su mano para que pasasen al interior. Lo primero que vieron es un fuego en la base de la escalera de subida a la primera planta: lo más urgente ahora era apagarlo. Había mucho humo saliendo de una habitación a la derecha, y también desde la parte de atrás de la escalera. El humo era simulado y no era necesaria la utilización de máscaras de oxígeno. En el pasado, habían tenido algún incidente con algunos participantes que se habían agobiado con el humo real. Se había decidido hacer uso de un humo inofensivo, que dificultaba la visibilidad aunque era perfectamente respirable.

No parecía una situación extrema, sin embargo tenían que estar atentos a todo lo que pasara ahí dentro.

—¡Vamos, extintores! Así os voy a llamar a partir de ahora a los que lo lleváis. Si lo escucháis, tenéis que decir: «¡Voy!»». Si alguno de vosotros dos ya lo ha dicho que el otro se calle: con uno es necesario. No quiero que vengáis los dos a un mismo foco. Apuntad a la base, siempre a la base del fuego, ¡ahora!

Uno de ellos se posicionó para actuar y accionó la palanca del extintor apuntando hacia los primeros peldaños de la escalera. En décimas de segundo el fuego se apagó.

—¡Bien, muy bien! —alentó Mike a todos—. Es importante siempre buscar los focos que puedan impedir el acceso a las plantas superiores. Si se tarda más en extinguir estos, podrían hacer que la escalera se cayera a trozos e impedir acceder con facilidad a la planta de arriba. Como antes os he dicho, es vital mantener la base del edificio libre de fuegos, que es de lo que se están encargando fuera con las mangueras de agua vuestros compañeros, pero nosotros desde dentro también debemos actuar. ¿Dónde veis más fuego?

—¡Hay humo en la habitación de la derecha!

—¡Exacto! Está claro que si está saliendo humo es porque hay un fuego. Vayamos a ver...

Mike junto a tres empleados entraron en la habitación. Era la cocina de la casa. Enseguida vieron unas llamas que nacían del horno. De nuevo ordenó a uno de ellos que accionara el extintor para apagarlo y, una vez extinguido, obligó a uno de ellos a abrir las ventanas. El humo poco a poco fue desapareciendo y, debajo de una mesa, encontraron un cuerpo tendido en el suelo.

—¡Aquí hay un muñeco! —dijo uno de los empleados.

—¡Un respeto! —dijo Mike medio sonriendo—. Es Bob. Hay que sacarlo de aquí. Tú —dijo señalando a uno de los que no llevaba extintor—, cógele de la cintura y échate su brazo al cuello. Trátalo como si fuera una persona, intenta pensar que lo es.

—¡De acuerdo!

El empleado sacó el maniquí de debajo de la mesa y cargó con él como si se tratara de un hombre. El fuego de la planta baja ya estaba extinguido, y no tuvo problemas para salir al exterior. Una vez fuera, otro de los empleados cogió el maniquí y lo tendió en el suelo,

algo retirado de la casa, incluso vertiendo algo de agua de una botella sobre sus labios cerrados.

Los de dentro ya estaban en la planta de arriba. No había fuego ni humo en el pasillo y todas las puertas estaban cerradas.

—Aparentemente parece que ya no queda rastro del incendio —dijo Mike en cuanto el último de los empleados subió a la planta—. Aun así, debemos asegurarnos de que ya no hay que apagar más fuegos y, sobre todo, comprobar que no hay nadie más en la casa. Antes de llegar a un edificio o una casa o lo que sea que esté en llamas, lo primero es saber cuántas personas se encontraban dentro. Aquí ya sabéis que hay tres, y solo hemos rescatado a una, así que está claro que tienen que estar aquí. Vamos...

Llegaron hasta la primera de las puertas cerradas y Mike puso la mano en el pomo, sin girarlo.

—Este es uno de los momentos más peligrosos a la hora de entrar en un recinto en llamas: una puerta cerrada. Muchas veces no sabemos si hay fuego dentro o no, porque puede estar produciéndose en la pared contraria. El problema es que el fuego agota el oxígeno de la habitación. Si abrimos y entramos de golpe el fuego buscará el aire que hay en el pasillo, y si hacemos intención de entrar en la habitación podríamos abrasarnos. Observad lo que pasa cuando se abre una puerta...

Mike ordenó que se alejaran hasta tres metros de la puerta y él se quedó cogiendo el pomo. Cuando estuvo seguro de que no le iba pasar nada a nadie, abrió de golpe y se retiró de la puerta, pegándose a la pared. De inmediato, una llamarada desde dentro llegó hasta el pasillo y quemó parte de la pared de enfrente. Mike ahora ordenó a los dos empleados que llevaban extintor que empezaran a apuntar hacia las llamas y que según fueran apagándolo fueran adentrándose en ella, hasta acabar con todo el fuego.

—No todas las estancias estarán ardiendo, pero en todas ellas hay que actuar del mismo modo: no os relajéis nunca, el fuego es traicionero. Sigamos buscando...

Llegaron hasta la segunda habitación. Esta vez Mike dejó a uno de los empleados que fuera él quien abriera la puerta. Con mucho te-

mor, se acercó hasta ella y giró el pomo. En cuanto notó que la puerta se abría se lanzó hacia el suelo como si se hubiera producido una explosión. No pasó nada. Mike sabía que en esa habitación no había fuego, y el peligro era nulo. Tres de ellos, junto a Mike, entraron en la habitación y descubrieron al segundo maniquí, sentado en una silla muy apartada de la puerta de entrada.

—¡Vamos, vamos! —gritó de nuevo Mike— ¡Es Woody, mi favorito! Ha sido listo, y en cuanto ha notado que la casa estaba en llamas se ha metido en la habitación. El fuego tardaría horas en llegar a una habitación cerrada. En condiciones normales, un equipo de bomberos llegaría en menos de treinta minutos y no daría tiempo a que las llamas entraran en la habitación. Woody ha decidido encerrarse en la habitación porque sabía que así estaría a salvo durante horas. Vamos, saquémosle de aquí

Otro de los empleados cogió al maniquí de la cintura y lo sacó fuera de la estancia. Este maniquí tenía el pelo rizado y alborotado y llevaba unas gafas de ver, de ahí que Mike lo asemejara al director de cine. Utilizaron la escalera para bajarlo y, al llegar a la salida, de nuevo lo rescataron y actuaron del mismo modo que con el primero.

—Ya solo queda una persona y todavía hay tres puertas por abrir —dijo Mike—. Ahora quiero que mantengáis la boca cerrada. A veces las víctimas gritan y el sonido puede ser una pista para detectar con mayor rapidez a las personas que se encuentren atrapadas. Ahora quiero silencio...

Enseguida empezaron a escuchar unos gritos que provenían de la habitación del fondo. Los seis empleados no tardaron en detectar la habitación donde estaba la persona atrapada. En este caso era una chica, pues los gritos de la grabación eran de una mujer. Se acercaron hasta la habitación y procedieron de la misma forma para abrirla, y evitar que la llamarada les alcanzara en el cuerpo. En este caso el fuego no salió de la habitación buscando el aire, ya que el balcón de la habitación estaba abierto y el fuego estaba oxigenado. Nada más entrar, uno de ellos usó su extintor para apagar las llamas que salían de un armario, pero no encontraban el maniquí.

—¿No la veis? —dijo Mike mientras veía a todos buscando dentro de la habitación —¿Creéis que se ha tirado por el balcón?

Uno de ellos se asomó. Después de mirar por el balcón volvió negando con la cabeza.

—¡Aquí está, debajo de la cama! —dijo otro de los empleados.

La sacó tirando de sus manos y Mike le dijo que la llevara al balcón, la forma más rápida de evacuarla de la casa. Avisó a uno de los que estaban fuera para que posaran una escalera en la barandilla y llevaron el cuerpo de Cynthia, el maniquí femenino, hasta el balcón. Tenían que bajarla por la escalera, pero no podían cogerla de cualquier manera: había que tratarla como si se tratara de una persona. El empleado que había subido hasta el balcón la cogió de la cintura y fue bajando peldaño a peldaño solo ayudándose de una mano. No había peligro por caer desde la escalera: abajo había una mullida y gruesa colchoneta que lo salvaría en caso de caída.

Como ya habían salvado a todos los maniqués ya no era necesaria la presencia en la casa. De hecho, ahora era vital evacuarla y que los equipos desde el exterior se encargaran de apagar el fuego, vigilando todo el perímetro para detectar algún otro foco que no hubieran logrado extinguir.

El simulacro había sido todo un éxito. Ahora tocaba descansar y esperar al segundo turno, donde los empleados cambiarían los papeles y ahora los que se habían quedado fuera entrarían en el recinto.

El segundo simulacro también se desarrolló de manera magistral. No hubo ningún tipo de incidente digno de mención y todos se comportaron y actuaron correctamente. Después, los empleados volvieron a vestirse con la ropa con la que habían llegado y esperaron en la carretera hasta que llegó el autocar. Todos se despidieron con amabilidad de Mike y Jerry y el vehículo enseguida arrancó y se marchó por el mismo sitio por el que había venido.

Ahora sí podían relajarse. Volvieron a sacar la nevera con las cervezas heladas. Aún no eran las nueve de la noche y les tocaba guardia en el parque de bomberos. Así pues, no tenían ninguna prisa por recoger dentro de la casa y marcharse hacia el pueblo.

—Me fastidia que acabe el verano —dijo Jerry mirando hacia el cielo—. Con lo que me gusta la luz del día, no me gusta nada que antes de las nueve y media ya sea noche cerrada.

—¿Qué más da, Jerry? Sea de día o sea de noche hay que saber disfrutar cada momento.

—Sí, lo sé, pero de noche da la impresión de que el día ha acabado. Solo dan ganas de meterse en casa, ponerse cómodo y esperar a la cena. En fin, habrá que ir recogiendo todo esto.

—Vamos a tomarnos otra, anda, que te veo muy amargado.

—¡Hecho! —aceptó Jerry con efusividad.

Al final terminaron casi todas las cervezas de la nevera y ya eran casi las diez. Habían estado charlando, riéndose, contando anécdotas y ya se les había hecho tarde. Decidieron poner punto final a su fiesta privada y se acercaron hasta la casa. Ahora tocaba limpiar el recinto, comprobar si alguna de las puertas necesitaba reparación, apuntar herramientas necesarias para llevar al día siguiente para reparar desperfectos y asegurarse que no se hubiera quedado sin detonar alguna de las cargas. Mike estaba en la habitación de la planta de arriba comprobando el armario donde se había producido uno de los fuegos. Se dio cuenta que una de las hojas había perdido una bisagra y estaba apuntándola en su libreta para mañana reparar el desperfecto.

Jerry estaba colocando los trajes en la caseta de fuera y pasándoles un paño para eliminar algo de hollín con el que algunos trajes se habían manchado. Salió y observó hacia la carretera. Era noche cerrada y solo la luna y las estrellas iluminaban el horizonte de manera escasa. De repente, vio un pequeño haz de luz naciendo de la carretera. Sin duda, era algún coche que iba a pasar cerca de ellos. No era una zona muy transitada, aunque de vez en cuando alguien rodaba esa carretera, posiblemente con destino a Swenson, a unos diez minutos de allí.

Jerry notó que el coche no llevaba demasiada velocidad y parecía estar algo perdido. Desde su posición observó que era una clásica ranchera. Se quedó cerca de la carretera, viendo llegar el vehículo. A

unos cien metros, el conductor provocó dos ráfagas de luz de sus faros. Jerry quedó un momento cegado y puso su mano entre la luz y sus ojos. Vio que iban montadas dos personas y el copiloto llevaba un mapa desplegado, casi entorpeciendo la visión del conductor. Ambos miraban despistados hacia los lados, seguían conduciendo muy despacio, estaba claro que no sabían dónde estaban. Jerry se apiadó de ellos y les hizo señales para que aparcaran cerca de su posición. Además, a esa velocidad era peligroso circular por esa carretera, ya que en cualquier momento podría aparecer por su mismo camino un conductor a mayor velocidad y colisionar con ellos. Por fin detuvieron la ranchera cerca de la casa prefabricada y el conductor bajó del vehículo. Mike se asomó desde el balcón y se extrañó de ver un coche aparcando a esas horas. Ya había terminado de revisar todo, y decidió bajar a ver qué es lo que estaba pasando.

—Buenas noches, señores... —dijo el conductor nada más bajar de la ranchera. Eran dos chicos jóvenes, tal vez rondando los veinticinco.

—Hola, ¿os habéis perdido? —preguntó Jerry.

—Pues... creemos que sí. Me temo que no hemos cogido la salida adecuada desde la autopista.

—¿A dónde queréis ir?

—Vamos a Eliasville.

—¡Eliasville! Esto está a casi dos horas de aquí.

—¡No me diga!

—Además, no vais en la dirección adecuada. Deberíais dar la vuelta y seguir las indicaciones hasta Haskell. Desde allí, es preferible que preguntéis.

—¿Ocurre algo, Jerry? —dijo Mike nada más llegar a la escena.

—Estos chavales, parece que se han perdido. Van a Eliasville...

—¡Buf! Espero que no hayáis quedado para cenar. —Mike se sonrió a sabiendas de que llegarían bastante tarde a su destino.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó el otro chico, que acababa de bajar del coche y aún estaba doblando el mapa con el que habían tratado de orientarse.

Mike frunció el ceño al oír la pregunta. Se quedó un momento callado, después contestó.

—Creo que eso no es asunto vuestro —respondió tajantemente.

—No, bueno... perdone. Es que estamos pensando en quedarnos aquí a dormir, a hacer noche. A mi compañero no le gusta conducir a estas horas.

—Acaban de pasar Aspermont. Seguro que encuentran un motel donde quedarse.

—No llevamos mucho dinero, y... lo mismo ustedes aquí nos pueden hacer un hueco.

Mike notaba que uno de los chicos tenía una mirada sospechosa. No se la aguantaba apenas unos segundos, y miraba sin parar hacia todos lados, como examinando el terreno.

—Aquí no se pueden quedar, lo siento —dijo Jerry de forma educada—. Ya les ha dicho mi amigo que en el pueblo que acaban de pasar pueden encontrar un sitio donde dormir.

—¿Qué tiene ahí dentro que no nos quieren dejar pasar?

—Te vuelvo a repetir que no es asunto tuyo. No quiero problemas. Coged vuestro coche y largaos de aquí.

—¿Nos podrían dejar algo de dinero, por favor?

—¡No tenemos nada, he dicho que os marchéis! —Mike empezó a perder los nervios.

—¡De aquí no se va nadie hasta que yo lo diga! —gritó el conductor de la ranchera.

Jerry se echó unos pasos hacia atrás asustado y Mike lo miró sorprendido. Enseguida se dio cuenta de que no hacía más que mirar a la mano del chico que acababa de gritar. Cuando giró la cabeza, vio que llevaba un arma y ya estaba apuntándoles.

—¡Eh, chico, tranquilo! Vamos a llevarnos bien —dijo Mike tratando de destensar la escena.

—¡Vaya! Ahora ya no eres tan grosero. ¿Qué te ha hecho cambiar de parecer?

—Por favor, aquí no hay nada, y no podéis quedaros a dormir. Esto es una casa prefabricada preparada para simulacros de incendio. No hay camas, no hay cocina, no hay nada que os pueda interesar.

—Pasad dentro... —dijo el chico mientras mantenía su arma firme, apuntando a la cabeza de Mike.

—Venga, tíos, haced caso a mi amigo. —Una vez más, Jerry trató de poner paz de forma calmada—. Yo tengo veinte dólares, ¿os vale con eso?

—¡He dicho que os metáis en la casa!

—Venga, cálmate, ¿cómo te llamas?

—No te intentes hacer el héroe, tío —interrumpió el otro chico—. Haced caso y esto acabará enseguida.

—No, en serio —insistió Jerry—, podemos hacer las cosas bien, no hay necesidad de apuntarnos con un arma. Mira...

Jerry levantó su mano izquierda y con la otra hizo gestos de calma.

—¿¡Qué estás haciendo!?

—Tranquilo, solo voy a meter mi mano en el bolsillo y voy a sacar un billete de veinte. Es todo lo que tenemos. Como verás, no voy armado.

El chico permitió que Jerry siguiera bajando su mano hacia el bolsillo y dejó que sacara el billete. Lo estiró y se lo mostró cogiéndolo con ambas manos, de las puntas.

—¿Ves? Es un billete auténtico. No tenemos más, y dentro de la casa no hay nada de valor. Estamos trabajando, y no solemos llevar dinero. Yo llevo este siempre por si surge un imprevisto, pero es vuestro, ¿de acuerdo?

Mike seguía inquieto, nervioso. No iba a actuar en ese momento, pues sabía que cualquier movimiento en falso podría ser fatal. Solo quería que ambos chicos se fueran de allí lo más pronto posible, y, sobre todo, sin tener que lamentar nada. Jerry extendió su brazo con el billete y fue acercándose despacio hasta el chico que sostenía el arma. Este seguía apuntándole, parecía dispuesto a que se acercara un poco más y poder alcanzar ese billete que tanto deseaba. Cuando

la mano de Jerry ya estaba a escasos centímetros del arma, el chico alargó su brazo para cogerlo y, justo en ese momento, Jerry le dio un manotazo fuerte en la mano que sostenía el arma para apartarla y a continuación le propinó un puñetazo en el mentón que provocó la caída del chico al suelo. Después, pisó su brazo para inmovilizarlo, con el fin de hacerle abrir la mano y que soltara el arma. El otro chico se asustó de ver a su amigo en el suelo y se echó mano a la cintura, sacó un revólver y disparó a Jerry en la cabeza.

Mike gritó desesperado cuando vio a su compañero caer desplomado al suelo. Trató de acercarse y el chico que había disparado se lo impidió.

—¡Joder, Jerry, no! —exclamó Mike a punto de llorar.

—¡Sam! ¿Qué has hecho? —dijo asustado el chico que había sido golpeado por Jerry, mientras se incorporaba.

—¡Pensé que iba a matarte!

—¡Tío, la has liado!

—Mierda —se lamentó Sam—. Lo sé, Steve, lo sé. ¿Está muerto?

—¡Claro que está muerto, hijo de puta! —Mike, ahora sí, no pudo contenerse y empezó a llorar.

—¿Y ahora qué hacemos?

—No podemos dejar pistas. Hagamos lo que hay que hacer. Llévate al muerto a la entrada de la casa.

—Pero...

—¡He dicho que te lo llesves! —Steve estaba muy nervioso. Sabía que no podían dejar el cuerpo de Jerry tirado en el suelo, a la vista de cualquiera que pasara por allí.

Sam cogió el cuerpo y lo arrastró hasta la entrada. Steve volvió a apuntar a Mike y le obligó a meterse dentro. Este obedeció mientras seguía llorando, desesperado y asustado.

Entraron en la casa y le ordenó que se fuera hacia la cocina. Al poco llegó Sam con una gruesa cuerda y un bidón de gasolina. Obligaron a Mike a sentarse en el suelo y lo ataron firmemente, incluso atando sus rodillas para evitar que escapara. Después rociaron la entrada de la casa con gasolina y dejaron un hilo de combustible

hasta llegar a su ranchera. Steve prendió un mechero y lo posó sobre el suelo. La gasolina ardió enseguida y ambos se metieron corriendo en el coche y salieron de allí derrapando sobre la arena de la explanada.

Mike estaba en la cocina, atado, indefenso. El olor a quemado empezó a llegar hasta él. Intentó hacer fuerza para desatarse, sin embargo los chicos lo habían atado a conciencia y era imposible liberarse. Rodó hacia el salón, pero pronto tuvo que retroceder porque las llamas estaban entrando ya en la casa. Por las ventanas no vio más que fuego, la situación se estaba volviendo incontrolable.

Las llamas estaban llegando a la cocina y Mike ya estaba arrinconado debajo de la mesa. Seguía haciendo fuerza para liberarse, inútilmente. Por fortuna, los chicos habían tenido un pequeño desliz y no le habían tapado la boca, así que decidió empezar a mordisquear la cuerda como pudo. Se estaba haciendo daño en los dientes, no había otro remedio. Siguió mordiendo, tirando de la cuerda, intentando deshilarla. Poco a poco fue consiguiendo su objetivo. El tiempo corría en su contra, ya que el fuego le estaba comiendo el terreno. Por fin, pudo cortar parte de la cuerda. Se había partido tres dientes en el intento, y la sangre emanaba de su boca sin control. En esa situación apenas le dolía, solo quería salir de ahí cuanto antes. La atadura perdió fuerza cuando pudo romper la cuerda y empezó a mover los hombros. Notó que se estaba empezando a liberar. Movié un brazo hacia arriba, con fuerza, y consiguió sacarlo. Ya con uno libre pudo liberar su otro brazo con mayor facilidad y después sacar todo su cuerpo de entre las cuerdas. La cocina ya estaba toda llena de humo, humo real, y estaba notando cómo entraba en sus pulmones y apenas podía respirar. Buscó entre los cajones un paño para tratar de humedecerlo y ponerlo sobre su cabeza, una de las maneras de escapar de un humo asfixiante. El problema era que la cocina de la casa preparada para simulacros no tenía agua. Era ya imposible salir de la cocina, pues toda la planta baja estaba en llamas, y a él solo le quedaban dos metros cuadrados por los que moverse, mientras seguía aspirando humo. Sabía que en cuestión de minutos se iba a desmayar y, por consiguiente, sería pasto de las llamas junto al resto de la casa. Desistió. Se sentó en un rincón mientras tosía, mientras

veía cómo el fuego se iba acercando, cada vez más. No pudo aguantar y cayó semi inconsciente al suelo de la cocina.

Seguía percibiendo cosas a su alrededor, ya muy vagamente. La vista se le nubló, notaba que poco a poco estaba perdiendo la conciencia. Sabía que su fin se acercaba, que moriría asfixiado, abrasado. Solo quería perder pronto la conciencia del todo, no quería por lo más mínimo morir quemado, a sabiendas que esa era una de las muertes más horribles.

De pronto, escuchó un sonido muy familiar para él: el ruido de un extintor. Parecía como que alguien desde fuera estaba tratando de apagar ese fuego. Ahora ya no quería perder la conciencia, quería estar alerta porque tal vez había alguna esperanza de sobrevivir. Siguió tratando de escuchar, luchando por no desmayarse. Empezó a oír pasos dentro del salón, e incluso distinguió una figura humana dentro de la casa, haciendo funcionar el extintor cada poco tiempo. El humo no dejaba verle nada, así que solo podía fiarse de su oído. Ante sus ojos vio aparecer una figura borrosa en el umbral de la puerta de la cocina. El fuego ya había sido eliminado, pero el humo seguía presente en toda la casa y no dejaba verle apenas. La figura borrosa se acercó hasta las ventanas de la cocina y las abrió. Poco a poco, el humo empezó escapar de la estancia y Mike empezó a ver con algo más de claridad. Otra persona entró en la cocina y cogió a Mike en brazos. Llevaba puesto una camisa de cuadros y en sus manos parecía tener unos guantes de plástico. A Mike le daba igual cómo iba vestido, solo quería salir de ahí. Le miró a la cara aún con la vista borrosa y vio que tenía el pelo rizado y llevaba gafas. Era muy corpulento y tenía bastante fuerza. Sin vacilar, se lo llevó fuera de la casa y lo tendió en el suelo. La otra persona acaba de salir de la cocina y ya estaba a unos metros de la salida. Mike vio saltar a una chica desde el balcón de la casa y caer de forma ágil al suelo, sin hacerse ni un rasguño. Llevaba una botella de agua en las manos y caminaba hacia Mike. Le acercó la botella a la boca y Mike dio unos tragos tonificantes de esa agua. Seguía tosiendo, seguía casi asfixiado por el humo, aunque sabía que se iba a recuperar. La vista cada vez la tenía mejor, y ya apenas veía borroso. Se restregó los parpados un par de veces y por fin pudo ver con claridad a sus salvadores.

—Dios mío... —dijo Mike, casi aterrado.

—¿Cómo te encuentras, mejor?

—... ¿Qué está pasando? ¿He muerto tal vez?

—No, no estás muerto. Te hemos salvado. Como tú haces siempre, campeón.

—No es posible... debo estar soñando. —Mike seguía muy asustado, mientras no paraba de mirar a las caras de aquellas personas que acababan de salvarle.

—No, no estás soñando. Esto es real. Estás asustado, eso sí. Pronto te calmarás.

—¿Woody? ¿Eres tú Woody? —dijo Mike a quien lo había sacado en volandas de la casa.

—Claro que soy Woody, tu favorito. Tú siempre lo dices.

Mike ya veía con nitidez a su alrededor. Estaba bastante recuperado, pero no daba crédito a lo que tenía frente a sus ojos. Estaba viendo a Woody, a Bob, a Cynthia: los maniquíes que tantas veces había salvado de las llamas.

—Por favor, no me hagáis daño. Quiero irme a mi casa.

—No te vamos a hacer daño, Mike —dijo Cynthia—. Tú eres el que no salvas del fuego en cada simulacro. Moriríamos si las llamas nos alcanzaran. Te debemos tanto que esto es lo mínimo que podemos hacer por ti. Por Jerry ya no podemos hacer nada. Solo lo hemos retirado del fuego para que no se abrase, ha muerto.

—¡Estáis vivos! ¡Sois reales!

—Sí, somos reales, pero nadie debe saber lo que somos.

—De verdad, no puedo creer lo que estoy viendo. ¿Y os llamáis igual que os llamamos nosotros?

—Tú nos bautizaste con esos nombres, y así nos llamamos los unos a los otros. Yo soy Woody, aquí está Cynthia y Bob está comprobando la casa, para que no se quemé más.

—En fin... no puedo decir otra cosa que gracias —Mike se sentía muy agradecido, a la vez que incrédulo y asustado—. ¿Sabéis conducir también? ¿Me podéis llevar a casa?

—Nunca hemos conducido, aunque supongo que no debe ser difícil. El problema es que no podemos llevarte a casa.

—¿Por qué?

—Como te he dicho, nadie debe saber lo que somos, y tú has descubierto nuestro secreto. No podemos permitir que nos vean, y nadie debe saber que tenemos vida propia.

—Yo no voy a decir nada, será nuestro secreto —aseguró Mike.

—Sabemos que no vas a decir nada, pero ahora ya no puedes ir a casa.

—¿Ah, no?

—No. Tienes que quedarte con nosotros. Así nos aseguraremos de que nadie revelará nuestro secreto.

—Yo necesito comer, beber. Tengo a mi familia esperándome en casa. Tengo hijos.

—No, no va hacer falta nada de eso.

—No te entiendo.

—No es necesario que lo entiendas, de momento. Pronto lo comprenderás. Ahora solo tienes que cerrar los ojos. No te va doler...

—¿Qué vas a hacer? —A Mike se le empezó a acelerar el corazón.

—No temas. No duele. Cierra los ojos...

Cynthia puso su mano en la frente de Mike y de repente empezó a notar mucho sueño. Por más que trataba de abrir sus párpados le resultaba totalmente imposible. Se revolvió un poco en el suelo. Woody le agarró de los brazos para que se calmara. Mike enseguida se relajó, dejó de mover las piernas, los brazos, sus ojos se movían de un lado a otro por debajo de sus párpados, hasta que se quedó dormido...

(Dos años después)

El autocar estaba a punto de llegar. Barry y Joey, los encargados de dirigir el simulacro, los esperaban a unos metros de la casa prefabricada situada en una árida y descampada zona a las afueras de Aspermont, en el estado de Texas. Ultimaban los últimos detalles

antes de que llegara la visita. Joey estaba muy cerca de la caseta donde tenían colgados todos los trajes ignífugos y pudo ver que la camioneta de la empresa que había programado el simulacro para hoy ya estaba saliendo de la carretera y aparcando muy cerca de la casa. Ambos se pusieron muy cerca de la puerta delantera del vehículo y empezaron a ver cómo bajaban los empleados que realizarían la prueba.

—¡Bienvenidos a Fireland! —dijo Barry con entusiasmo según bajaba el último de los empleados—. Soy el instructor encargado de este simulacro. Aquí, a mi lado, está mi compañero Joey. Vamos a entrar en esa casa que en unos minutos estará en llamas y vamos a salvar la vida de cuatro personas que están ahí dentro: Woody, Cynthia, Bob y Mike.